

la responsabilidad creadora

Prof. Arqto. Pablo Vodanovic

En estos tiempos que vivimos resulta "de actualidad" referirse a las responsabilidades que cabe a los individuos o grupos profesionales respecto a "la sociedad", a la "comunidad" o a cualquiera otra forma de designar al hombre en cuanto a conjunto.

Aunque nunca quede muy claro que sea "la sociedad" la comunidad ni la diferencia respecto a los individuos (donde terminan éstas y comienza éste) aquellos reclamos de responsabilidad desembocan fatalmente en cifras estadísticas, consideraciones sobre el predominio de la mayoría y sus necesidades biológicas elementales y se concluye demandando de los profesionales, artistas o intelectuales tareas generalmente económicas o "economísticas", con perdón de la palabra.

La machacona insistencia de nuestra época en lo utilitario, en la valoración utilitaria del mundo del hombre resulta en nuestro país "subdesarrollado", amplificada por la real urgencia de soluciones que demanda nuestra situación económica. Así resulta que la responsabilidad que se exige de quienes desarrollan una actividad creadora escapa simplemente al centro vital, al motor mismo de esa actividad creadora.

Para comprender mejor conviene señalar que si bien el mundo del hombre, y la particular manera de los hombres de estar en ese mundo y de crearlo, tiene una dimensión económica y supone una valoración utilitaria, entre otras, en nuestra época esa valoración experimenta una especial distorsión. Consiste ésta en olvidar la fundamental oquedad de lo utilitario, de ol-

vidar que lo útil es "lo que sirve para algo", es decir lo que perpetuamente está referido a una instancia superior.

Nuestra época corre, y nosotros con ella, tras el desarrollo económico por sí mismo, tras la posesión de bienes instrumentales, el artefacto, la máquina, el capital, pero se escapa perpetuamente el "para qué" de todo ello, justamente por la desmesurada urgencia que concedemos al proceso utilitario.

Cuando preguntamos por la vida de un pueblo, cómo es ella, qué es ella, se nos responde casi mecánicamente con la descripción de su "standard de vida", el que a su vez significa ingresos "per cápita", número de artefactos eléctricos por personas, número de metros cuadrados edificados por habitantes, servicios públicos, etc.

Ese mismo mecanismo es el que lleva a hacer "responsable" al arquitecto, por ejemplo, no de contribución a la vida de su pueblo, sino de su contribución al "standard de vida" de su pueblo. Es penoso escuchar como un arquitecto con "responsabilidad social" diserta sobre la conveniencia de transformar un plan habitacional de 1.000 viviendas de 90 m². cada una en otro de 2.000 viviendas de 45 m². cada una, o sobre "el aumento de la cultura popular" que significa la construcción prefabricada de aulas escolares.

Estas consideraciones algo deshilvanadas tienen por objeto situarnos en el nudo mismo de una verdadera responsabilidad del creador.

Deseamos, penetrando la viscosa bruma económico-utilitaria, comprender la vida que es, el hombre como individuo y como pueblo histórico, que posee anhelos, esperanzas o voluntad afirmativa de instancias ajenas a todo "economismo" y que son las que otorgan sentido, justamente a toda preocupación económica. Queremos situarnos en el verdadero centro del ser hombre y rehuir la posición "excéntrica" a que nos arrastra la inercia mental contemporánea.

Porque la particular manera de estar en este mundo que el hombre tiene, consiste en ir elaborando el mundo y de esa elaboración va surgiendo un mundo nuevo, la cultura, el mundo propio del hombre, que realiza plenamente la vida, nuestra vida humana, en el sentido que sólo para nosotros tiene la palabra vida, ajeno a todo biologismo.

Desde un mundo ya creado, desde una cultura existente otea el ser humano nuevas posibilidades vitales, nuevas formas de ser hombre, la satisfacción de "necesidades" fuertemente queridas, la solución ideal de la circunstancia que el presente le hace afrontar y esa actitud avizora se torna persecución, creación y logro.

Así la responsabilidad creadora es responsabilidad de comprensión del mundo y de proposición vital.

En el campo de la Arquitectura y la Construcción tiene una extraordinaria importancia la comprensión de estos conceptos por parte de los creadores y realizadores.

Los Arquitectos, Ingenieros, Constructores y Técnicos deben comprender que su misión no se limita a levantar edificaciones "funcionales o económicas", sino a que están formando un determinado pueblo histórico en una determinada circunstancia histórica. En una época, que es ella misma, germen de un futuro.

Deben comprender, por ejemplo, que la obra que se levanta, al contribuir a crear el contorno en que el hombre se mueve, al constituir los espacios en que el hombre va a realizar su vida, o parte de ella, determina, satisface o niega esa misma vida.

Cuando un obrero chileno recibe una casa en 1966, no recibe una cobija científicamente estudiada para poner a cubierto su organismo biológico. Recibe, además, el tipo de vida implícito en esa casa el tipo de vida que han decidido, para él aquéllos en quienes él ha puesto tácitamente su confianza.

La Escuela, el Mercado, la Universidad o el Municipio son también un tipo de vida propuesto al individuo y a la comunidad.

Darse cuenta de esto supone entender inmediatamente la responsabilidad que pedimos, la responsabilidad creadora que debe poseer el profesional del Diseño, la Arquitectura y la Construcción.

Porque ¿Cómo es posible entregar esa proposición de vida implícita en la obra sin antes comprender, profundamente, al hombre y al pueblo que recibe esa obra? ¿Cómo es posible llegar a una proposición realmente valiosa, que realice las verdaderas y sentidas aspiraciones de una época y un pueblo como los nuestros?

En una época de crisis, de rupturas y cambios, como es la nuestra, esa responsabilidad que pedimos es doblemente pesada y difícil. No se trata de expresar un estilo de vida ya establecido y valorado, sino de reencontrar una forma de vida y una escala de valores, en medio de una confusión y un quebranto generales.

Esa confusión y ese quebranto se refleja con violencia en la producción arquitectónica chilena contemporánea: la falsedad creadora, el mercantilismo y la incompetencia técnica son sus rasgos dominantes.

Los arquitectos chilenos, salvo ignoradas y combatidas excepciones, rehuyen su responsabilidad creadora. Se limitan a adaptar un lenguaje formal exótico a las posibilidades técnico constructivas de nuestro medio. Tiemblan ante la posibilidad de que un proyecto no parezca "de revista". Si se suprimiera por arte de magia la importación de revistas de arquitectura extranjeras por un período indefinido, la perplejidad arquitectónica chilena sería general.

Mientras existen revistas, se le construyen al burgués acomodado casas "japonesas" o edificios con monumentales gárgolas que nunca probarán el agua, pues impúdicos caños de bajada se la hurtarán, luciendo su desvergüenza a lo alto de cuatro pisos de fachada. Al proletario comprimeselo en cubículos en que la fealdad se extiende viscosamente por interiores y exteriores, inexpressivos, monótonos, agobiadores.

Podrá parecer esto exagerado, pero ¿cuántos arquitectos comienzan un proyecto tratando de compenetrarse de la vida y los ideales de los futuros usuarios? ¿y cuántos arquitectos inician un proyecto estableciendo los metros cuadrados por local y el costo por metros cuadrados más conveniente al momento y al mercado? No es que neguemos la indudable importancia de la segunda interrogante, ¿pero de dónde corresponde partir?

El mercantilismo tiene consecuencias más

graves que la simple actividad especulativa. Trastorna la estimativa, la valoración. Porque ¿quiénes son los buenos arquitectos? Hasta en nuestra Universidad llegó a sostenerse que eran aquéllos que contaban con mayor número de metros construidos. La arquitectura verdadera, óptima y valiosa es en buenas cuentas la que más se vende... Pero todos sabemos que son a menudo las determinantes económico sociales e incluso políticas las que deciden en nuestro medio el encargo a tal o cual arquitecto y permite la realización de una obra valiosa o falsa. No vamos tras un "premio a la virtud". No creemos ilegítimas ni repudiables esas determinantes. Pero no debemos aceptar una pervisión en la valoración de las obras arquitectónicas o de Diseño. Las obras auténticas, señeras, son escasas. Quienes cuentan con la sinceridad, la capacidad y la pasión por lograr obras auténticas son también pocos. Esos pocos no pretenden tener muchos encargos sino ser valorizados, reconocidos en su papel de guías, en su obra y sólo por ella. Esta valoración es la que permite a un pueblo encontrar su arquitectura, su urbanismo, su diseño.

La incompetencia técnica tiene una doble faz: el diseñador o el arquitecto que se empeñan en imitar soluciones técnicas superficialmente, en la apariencia, por el afán de hacer algo semejante a, sin comprender ni la solución misma, ni su real valor expresivo. La otra faz nos muestra al técnico, al ingeniero o al arquitecto, que con verdadero dominio científico y técnico de una determinada solución o procedimiento lo imponen pensando que la sola bondad tecnológica es aval suficiente.

Los ejemplos abundan, desgraciadamente. Pesadas estructuras de hormigón armado afilan sus muros y losas para rematar en fachadas que fingen un edificio de acero o aluminio. Techos de exiguas pendientes bajo nuestros pluviosos cielos australes, edificios sobre pilotes en un país de sismos, ventanalés inmensos frente al sol abrasador, salas de clases en que la voz del maestro no se escucha, cubículos de muros membranales que privan al hombre de la intimidad, de la posibilidad de ensimismamiento en que se inicia toda verdadera humanidad.

Si en este punto de estas consideraciones, alguien nos increpase y nos preguntara concretamente que es "lo que hay que hacer", nos pondría en un duro aprieto aparente, porque no lo sabemos. Pero estaríamos satisfechos por cuanto nuestro objeto es llegar a que se pregunten "que es lo que hay que hacer" aquéllos que de hecho ejercen la función creadora y

más aún aquéllos que se preparan para ejercerla, los jóvenes, los estudiantes.

Pretendemos en estas imperfectas líneas que se comprenda que la obra arquitectónica o de diseño es una manera tan valedera de realizar el futuro histórico de un pueblo como lo puede ser la acción política o económica, y que por tanto los depositarios de la actividad creadora, constructiva, tienen una misión y una responsabilidad fundamental, humanística, que va implícita en la pregunta por "lo que hay que hacer" por "como deben ser" los edificios, los muebles, los utensilios o los instrumentos.

Por lo pronto lo que nos parece más urgente es la comprensión de esta gran misión genérica que corresponde a la Arquitectura, al Diseño, a la Técnica y ciencia de la construcción y a un gran sector de las Artes Plásticas y también la comprensión de las misiones particulares y específicas que corresponden a los Profesionales, a los Estudiantes y a la Universidad en esta búsqueda de la autenticidad creadora, como también a las instituciones políticas sociales y económicas que se preocupan de facilitar los medios para elaborar el contorno espacial en que se desarrolla nuestro pueblo.

En este sentido parece importante el desarrollo de una intensa y seria actividad crítica y de investigación, que marchando a la par de las realizaciones vaya elaborando conjuntamente con ésta, principios, teorías y un lenguaje que permita el mutuo entendimiento entre realizadores, promotores, financistas, científicos, técnicos y lo que es más importante que permita un diálogo con el hombre y la comunidad para la cual se construye.

Mientras en otros países americanos el pueblo siente como suyos por lo menos una parte de los edificios contemporáneos, y los señala incluso orgullosamente y reconoce nombre y aún las personas de quienes crearon esas obras, en nuestro país toda obra contemporánea es sentida profundamente extraña y sólo se la acepta por la presión de los acontecimientos, como un hecho consumado.

¿Cuántas de las casas populares, construidas por millares a veces satisface verdaderamente al obrero o campesino chileno? ¿Cuántos de los edificios públicos comunican a ese pueblo un sentimiento de solidaridad o comunidad sino de Estado?

La tarea consiste en contribuir a la creación de nuestro futuro desde la obra, con la obra.

Para ello es necesario inculcar a los estudiantes de las disciplinas comprometidas un ansia

de autenticidad y hacer de las Universidades centros de búsqueda, de ensayo y discusión, es necesario que el profesional inicie su acción convencido de su responsabilidad creadora, ya orientado en una búsqueda, en un método para lograr la obra auténtica. Es necesario que una sostenida labor de crítica arquitectónica y de Diseño establezca criterios y valore positivamente los logros creadores, es necesario en fin que esa crítica se comprenda por los promotores y los usuarios de la Arquitectura y el

Diseño realizados, para mantener un diálogo permanente cuya fecundidad sólo vislumbramos.

Creemos que "Técnica y Creación" brinda la posibilidad de esa labor crítica y de ese diálogo. Por ello hemos pretendido antes que exponer más lúcidas y elaboradas conclusiones, plantear esta problemática a grandes rasgos, tal vez confusos, pero que sólo pretenden la iniciación de un largo camino hacia la verdadera creación en el cual, muchos habrán de acompañarnos.